

buida en las preocupaciones romanas, no vió en los germanos más que bárbaros. Eran bárbaros, pero en su barbarie había un gérmen de vida y de porvenir, la libertad, al paso que la civilización romana estaba infectada de un gérmen de muerte, el despotismo. ¿Desarrolló la Iglesia el sentimiento de libertad? Enseñó á los príncipes bárbaros, sus nuevos discípulos, que su poder era de derecho divino, y que su persona era sagrada. Gregorio, obispo de Tours, dice á Chilperico, el Neron de las Galias: «Si cualquiera de nosotros se separa del camino de la justicia, puede ser corregido por tí; pero si eres tú el que comete la falta, ¿quién te reprenderá? Nosotros te hablamos, y si tú quieres nos escuchas, pero, y si no quieres, ¿quién te condenará? Solamente Aquel que ha dicho que era la justicia misma» (1).

La Iglesia fué más léjos. Acabamos de recordar las lisonjas que prodigó á los Constantinos y á los Teodosios, por más que estuviesen cubiertos de sangre inocente. Tampoco en las Galias escatimó el incienso á los nuevos señores. La Historia nos dice que los Merovingios se mancharon con todos los crímenes imaginables, hasta el punto de que aquella *abominable raza sálica* da horror á la posteridad (2). ¿Es ésta también la opinión de la Iglesia? Clodoveo era el protector de la Iglesia, el campeón de la fe ortodoxa contra los pueblos *arrianos*: esto borra todos sus delitos. Gregorio, el obispo de Tours, no oculta los crímenes del rey de los Francos, pero los considera casi como un mérito y una virtud: «Dios hacía caer bajo el brazo de Clodoveo á sus enemigos, y ensanchaba su reino, porque caminaba con un corazón piadoso y hacía lo que era agradable á Dios», es decir, á la Iglesia.

Hé aquí las lecciones que la Iglesia daba á los bárbaros. Si el espíritu de libertad que animaba á los germanos hubiera podido ser ahogado, la Iglesia lo hubiera hecho. Órgano y heredera de la tradición romana, veía un ideal en la unidad de Roma, y trató de restablecerla, lisonjeando la ambición y la codicia de los reyes bárbaros; porque el régimen romano era una admirable máquina

(1) GREGOR. TURONENS., *Hist.*, v, 19.

(2) Véanse las pruebas en mi *Estudio sobre los Bárbaros y el Catolicismo*, t. V de esta edición castellana.

mientras se trataba de llenar el tesoro del príncipe. Estas vanas tentativas se estrellaron contra el espíritu individualista de la raza germánica. ¡Felizmente para la humanidad! La unidad romana era la omnipotencia del Estado, era el despotismo con la decadencia y la muerte en pos de sí: el individualismo bárbaro es el gérmen de nuestra libertad, el principio de la verdadera civilización, porque no hay civilización más que por el desarrollo de las fuerzas individuales, y no hay progreso posible sin libertad.

§ II.— El Pontificado y el Imperio.

I.

La Edad Media se inaugura con el feudalismo. Al mismo tiempo el pontificado se consolida bajo la mano poderosa de Gregorio VII y reivindica sobre los príncipes y los pueblos el poder que pertenece al alma sobre el cuerpo. Es la época de la dominación de la Iglesia. ¿Cuál es el sentido de esta dominación? La Iglesia la llamaba su *libertad*; diríase que basta esta palabra para causar ilusión. Chateaubriand cree en las palabras de los papas; ve en ellos los precursores del 89: «Tribunos, dictadores, dice, casi siempre escogidos entre las clases más oscuras del pueblo, los papas deben su poder temporal á la clase democrática; tuvieron por misión vengar y conservar los *derechos del hombre*» (1). Lamennais abunda en la misma opinión; exalta á Gregorio VII como «el patriarca del liberalismo europeo»; celebra á los soberanos pontífices como «los defensores de los derechos sagrados de la inteligencia contra la fuerza bruta» (2).

Los grandes nombres que acabamos de citar nos imponen respeto; pero la verdad tiene todavía más derecho á nuestros homenajes, y la verdad nos obliga á decir que esta manera de concebir

(1) CHATEAUBRIAND, *Memorias de ultra-tumba*.

(2) LAMENNAIS, *El Porvenir*.—ID., *del Catolicismo en sus relaciones con la sociedad política*.

el Pontificado es absolutamente lo contrario de la realidad de las cosas. No podemos explicarnos este exceso de ceguedad más que por la ignorancia de los hechos. Se ensalza al siglo XIX por sus luces, y nosotros no tratamos de deprimirlo para alabar un pasado imaginario. Pero cuanto más abundan las luces, más difícil es, según parece, aprovecharse de ellas. ¡Cuántos ignorantes hay en nuestro siglo de las luces! La instrucción histórica es nula ó incompleta en los establecimientos en que pasamos nuestra juventud. ¿Y cuántos de nosotros tienen el gusto y el valor de emprender largos trabajos para suplir la insuficiencia de los estudios del colegio y de la universidad? Arrastrados por el torbellino del mundo, de los negocios, de la política, no encuentran los hombres tiempo bastante para dedicarse á lecturas serias. De aquí que los hechos más sencillos sean ignorados como si estuviésemos todavía en las tinieblas de la Edad Media. A esta increíble ignorancia se deben atribuir muchos errores que pasan por verdades en todos los campos, tanto entre los liberales como entre los católicos. Los católicos son los menos excusables; partidarios de lo pasado, no conocen siquiera lo pasado. Unas veces se abstienen de querer restaurarlo, porque no saben cuáles eran sus doctrinas; otras lo embellecen alterando los hechos, con la mejor fe del mundo, sin duda alguna. ¿Quién se atrevería á acusar á Chateaubriand y á Lamennais de falsear la historia? Importa restablecer la verdad. Lo hemos hecho en el curso de estos *Estudios*. Pero ¿cuántos lectores asiduos hemos encontrado? Se nos permitirá, pues, repetir lo que hemos dicho ya. Puesto que no se cesa en la tarea de sembrar errores para encadenar los espíritus bajo el yugo de la Iglesia, nos es preciso reproducir incesantemente nuestras pruebas, á fin de ayudar, en los límites de nuestras fuerzas, á rechazar la peor de las servidumbres, la esclavitud del pensamiento.

Se ensalza á la Iglesia por haber sido un principio de libertad, por el mero hecho de haber separado el poder espiritual del poder temporal: «Al lado de César, se dice, el catolicismo creó el pontífice. A César le dejó el poder del cuerpo; al pontífice le dió el dominio de las almas. Como el alma y el cuerpo, la sociedad espiritual y la sociedad temporal, unidas sin confundirse, marchan con paso seguro hácia su perfección. *La libertad humana se ha sal-*

vado, porque el despotismo cesáreo se ha hecho imposible para siempre» (1).

En otro lugar hemos dicho que esta separación de lo espiritual y lo temporal, que esta independencia de César y del papa son imposibles. Si la Iglesia lo entendiese como lo entienden hoy los libres pensadores al interpretar las célebres palabras de Jesucristo, habría razón para glorificarla. Pero allí donde se pretende descubrir una garantía de libertad, la historia encuentra una ambición insaciable de dominación universal, absoluta, ilimitada, que, si hubiese podido realizarse, hubiera destruido toda clase de libertad, tanto la de los individuos como la de las naciones.

La Iglesia, lo hemos dicho aquí mismo, empezó por alterar la enseñanza de Jesucristo hasta el punto de que una palabra de emancipación le sirvió para encadenar las conciencias que su maestro había querido libertar del yugo de César. Sobre los restos del mando antiguo levantó la Iglesia el edificio de su *libertad*, es decir, de su *soberanía*. En vano se dirá que no reivindica más que el imperio de las almas: el poder soberano no se divide; el que tiene poder sobre el alma, tiene necesariamente poder sobre el cuerpo, puesto que el alma y el cuerpo constituyen un todo indivisible. En la unión del cuerpo y el alma, el alma está llamada á dominar sobre el cuerpo. Por la misma razón el pontífice es el llamado á dominar sobre César, la Iglesia sobre los individuos y el Estado. Así es que la famosa *division de poderes* se traduce en despotismo, en lugar de asegurar la libertad, porque tiende á hacer del papa el monarca universal del mundo.

No hacemos más que repetir lo que han dicho los grandes papas de la Edad Media. ¿No habrían leído los historiadores católicos que celebran la *division de poderes*, las orgullosas declaraciones de los Inocencios y de los Gregorios? ¿No habrían oído hablar de la famosa bula de Bonifacio VIII, que condena la *division de la soberanía* como una herejía maniquea? Toda la tradición católica se levanta contra esta pretendida *division del poder*. ¿Se puede hablar de *division del poder* cuando los papas proclaman que á ellos les

(1) DE GERLACHE, *Estudios sobre Salustio*, prólogo. — GAUME, abate, *La Revolución*, t. VI, p. 13.

pertenece la soberanía del mundo, de la tierra y de los cielos? ¿cuando los papas deponen á los emperadores en virtud del poder que Jesucristo les ha dado? (1). Se concibe que en presencia de estos hechos, un historiador católico, un abate, se atreva á escribir lo que sigue: «Si la Iglesia romana ha sostenido luchas tan terribles contra los emperadores y los reyes, es porque los emperadores y los reyes hubieran querido hacerle consagrar el despotismo de los príncipes y la esclavitud de los pueblos, lo cual ella, ni puede ni quiere. Sus doctores enseñan, en efecto, que el poder de los reyes lo reciben de Dios por medio de los pueblos, que el pacto entre los pueblos y los reyes les obliga tanto á los unos como á los otros, y que la *Iglesia romana es juez de esta obligacion*»? (2).

Es difícil alterar la verdad con más audacia. En las altivas palabras de los Inocencios, de los Gregorios, de los Bonifacios, no hay una sola palabra, ni una sola letra, de la pretendida soberanía del pueblo, del pretendido pacto entre los príncipes y las naciones. Esta es una invencion jesuítica, y vale lo que valen todas las invenciones de los jesuitas: un engaño dedicado á los simples de espíritu. Los historiadores católicos deben contar con la estupidez humana para atreverse á hablar de libertad, cuando, segun su propia doctrina, no queda ni sombra de ella. ¿Cuál es, en efecto, el papel de la Iglesia ante los reyes y los pueblos? Llena las funciones de juez soberano, decide si los reyes cumplen con sus obligaciones, los depone, desliga á los súbditos de su juramento de fidelidad; ¿cuál es, pues, el papel del pueblo soberano en la teoría ultramontana? Sirve de pretexto á la Iglesia para ejercer en su nombre, y en caso de necesidad, á su pesar, la omnipotencia. ¿No es así como sucedían las cosas en la Roma pagana? Los papas son los verdaderos sucesores de los Césares.

Dejemos á un lado la *division del poder* y la libertad que garantiza. Es demasiado evidente que esta doctrina es una falsedad moral. Sí, ciertamente, en los designios de Dios la lucha del papa y del emperador ha favorecido á la libertad. Eran dos pretendientes

(1) Véase mi *Estudio sobre el Pontificado y el Imperio*, t. VI de esta edicion castellana.

(2) ROHRBACHER, abate, *Historia de la Iglesia Católica*, t. XXIV, p. 84.

del despotismo, y el triunfo del uno ó del otro hubiera sido igualmente fatal á la humanidad. El papa impidió al emperador restablecer la monarquía universal de Roma, pero tambien el emperador impidió al papa fundar la dominacion más absorbente que se ha soñado jamas. ¿Qué libertad le hubiera quedado al género humano si los papas hubieran podido realizar sus pretensiones? ¿Acaso siendo los reyes y los pueblos esclavos del soberano pontífice, hubieran sido libres los individuos? ¡Es decir que la libertad habria sido fundada sobre la servidumbre general! Cosa curiosa, y que prueba cuán ciegos están los escritores católicos; hasta los testigos que invocan deponen contra ellos. Oigamos al ángel de la escuela, Santo Tomás, interpretado por monseñor Gaume.

Santo Tomás empieza por establecer que el fin del hombre, ó como decimos hoy, su mision, es poseer el soberano bien, que es Dios mismo. ¿Cómo ha de alcanzar el hombre este objeto supremo de su destino? No puede hacerlo por las vías puramente humanas, porque las virtudes que se llaman morales no proporcionan la salvacion. Necesitan los hombres una direccion divina. En el camino del celeste reino los guia Jesucristo. Cristo tiene un vicario, el papa. Todas las criaturas están, pues, sometidas al soberano pontífice, como al *Hijo mismo de Dios*. De este modo alcanzarán su fin (1).

¡Hé aquí la doctrina que se ensalza, porque debe asegurar la libertad! El género humano es sometido á un sacerdote que, por una usurpacion sacrilega, se atreve á llamarse el vicario de Dios. Esta sumision es tan absoluta, tan ilimitada, como la que las criaturas deben á su Creador. ¡Digasenos cuál es la libertad de los hombres frente á aquél á quien deben la existencia! Hé aquí la libertad de que gozan los individuos en el sistema católico. A la verdad, es inútil perder el tiempo en combatir semejantes absurdos. Volvamos á la realidad de las cosas, y confesemos que en el catolicismo no cabe más que una libertad, la de la Iglesia. Pero esta libertad es una máscara, bajo la cual está escrito: dominacion. ¿Se ha dicho jamas que los estados despóticos eran libres porque el déspota es libre de hacer lo que quiere? Esto no tiene

(1) SANTO TOMÁS, *De Regimine principum*, lib. II, cap. XIV;—GAUME, abate *La Revolución*, t. VI, p. 24.

sentido comun. Pues bien, la libertad católica es otra falta de sentido comun igual. La libertad del papa y de la Iglesia es la dominacion más ilimitada que se puede concebir, puesto que es idéntica con la de Dios. ¡Y este poder sin límites debe asegurar la libertad, segun los escritores católicos!

II.

Recordemos brevemente los hechos, para confundir á esos imprudentes apologistas. El primer albor de la libertad moderna tuvo lugar en las ciudades. En muchas ciudades los obispos eran señores, por el motivo sin duda de que eran sucesores de los pescadores y discípulos de aquel que decia á sus apóstoles que entre los suyos no había ya señor. ¿Qué papel desempeñaron los obispos en la emancipacion de los municipios? Todos eran de la opinion de Guibert, abad de Nogent, el cual llama á las franquicias municipales innovaciones *funestas* y *execrables*. ¿Qué es lo que había de *execrable* en las libertades conquistadas por nuestros antepasados? El abate Guibert confiesa que aquellos abominables plebeyos no pedian más que pagar una vez al año las servidumbres feudales á su señor (1). No pedian ni aún libertad, y, sin embargo, los obispos les hicieron una guerra á muerte. Guerra á muerte es la palabra propia. Oigamos al papa Inocencio II. Los plebeyos de Reims establecieron un municipio. A petición de San Bernardo, el pontífice romano escribió á Luis VII: «Puesto que Dios ha querido que fueses consagrado rey para defender á su esposa, la Santa Iglesia, rescatada con su sangre, y mantener sus *libertades* íntegras, te mandamos por esta carta apostólica y te *intimamos* que disuelvas por tu poder real las *culpables asociaciones* de los de Reims, que ellos llaman compañías, y vuelvas, tanto la Iglesia como la ciudad, al estado y *libertad* en que estaban en tiempos de tu padre, de excelente memoria» (2).

¡Qué de enseñanzas en esta carta del papa! Segun los católi-

(1) GUIBERT, *De Vita sua*, III, 7, 10. (BOUQUET, *Recopilacion de los historiadores*, t. XII, p. 250, 257.)

(2) BOUQUET, *Recopilacion de los historiadores*, t. XV, p. 394. — AGUSTIN THIERRY, *Cartas sobre la Historia de Francia*, XX.

cos modernos, todas las libertades provienen de la Iglesia, y ante todo, las libertades municipales, que les son tan queridas allí donde son los señores de los municipios. Pues véase al papa, que de acuerdo con los obispos, de acuerdo con un santo, suscita al cielo y á la tierra contra un municipio. ¿Qué queria aquella execrable clase media de Reims? Reivindicaba sus antiguas franquicias, franquicias de que gozaba ántes de que hubiese habido una Iglesia en las Galias. ¿Y por qué el papa llama á las armas al rey de Francia contra la clase media de Reims? Por conservar la tiranía del obispo sobre su ciudad arzobispal. Inocencio no se sirve de este término malsonante de tiranía. Reclama la *libertad* de la Iglesia. La *libertad de la Iglesia* consistia en el siglo XII en los *derechos feudales*, que tendian á asimilar la clase media á los siervos. ¿Qué quiere decir esto? La *libertad* de la Iglesia es, pues, la *dominacion* de la Iglesia; la *libertad* de la Iglesia es la *servidumbre de los pueblos*. Esta vez es imposible ponerlo en duda. El papa es quien habla, el papa es quien llama *libertad* lo que es *servidumbre*.

III.

El movimiento municipal empezó en Italia, y en ninguna parte fué más ruidoso. Allí produjo aquellas brillantes repúblicas que se atrevieron á luchar con los emperadores y que les arrancaron el reconocimiento de su libertad. Ahora bien, dicen los defensores del catolicismo, ¿quién fué el aliado de las ciudades lombardas? Los papas. Con este motivo el conde de Maistre acusa á los historiadores, libres pensadores, de haber alterado los hechos, inventando no sé qué lucha del sacerdocio y del Imperio que no ha existido jamas. Era una guerra entre Alemania é Italia, dice, una guerra entre la usurpacion y la libertad, entre el señor que trae las cadenas y el esclavo que las rechaza; los papas tomaron la defensa de la libertad contra el despotismo imperial; luego fundaron la libertad moderna, porque el movimiento municipal de Italia se extendió por toda la Europa (1).

Los católicos hacen como los rateros que gritan ladrones; acu-

(1) DE MAISTRE, *del Papa*, lib. II, cap. VII.

san atrevidamente á los libres pensadores de alterar la historia, cuando son ellos los que la falsifican. Es muy cierto que las ciudades lombardas se hallaron empeñadas en la guerra del sacerdocio y del Imperio. Negar que hubo guerra es rogar la luz del día. Pretender que fuese en su principio una insurrección de la libertad italiana contra el despotismo imperial, es decir lo contrario de la verdad. Afirmar que los papas combatieron como príncipes italianos es una pura invención. Gregorio VII fué el que rompió las hostilidades contra Enrique IV; ¿era Gregorio príncipe italiano? No era ni aún señor de Roma; los romanos lo echaron, y el pontífice murió en el destierro. ¿Se trataba de la libertad italiana? No había todavía ni municipios ni repúblicas. Las ciudades lombardas conquistaron su independencia en la anarquía que siguió á la lucha del Pontificado y del Imperio. No fueron los lombardos los que reclamaron la alianza de los papas, fueron los papas los que se apoyaron en las poderosas ciudades de la Lombardía para combatir á los emperadores. Mejor dicho, las repúblicas italianas y los pontífices de Roma tenían los mismos enemigos: de aquí su alianza. Pero los aliados tenían intereses distintos y aún hostiles bajo ciertos puntos de vista: la causa de los lombardos era más bien la de la independencia nacional que la de la libertad de la Iglesia, y ya sabemos lo que esta libertad significa. En cuanto á la independencia de la patria italiana, era tan poco simpática á los papas, que Maquiavelo los acusa, con las pruebas en la mano, de haber sido el grande obstáculo de la libertad de Italia. Llegaron á ser más tarde príncipes italianos; entonces es cuando debe admirarse su amor á la libertad. Fundaron en Roma un gobierno tan detestable, que ha sido imposible todo remedio, de tal modo que no queda á los romanos más que un medio de ser libres, arrojar al vicario de Dios: esto es lo que le sucederá el día en que no tenga el apoyo de las bayonetas extranjeras. Hé aquí cómo debe la Italia su libertad á los papas.

IV.

Inglaterra debe también su libertad á la Iglesia. Lo dice un historiador católico, uno de los más moderados: Cantú afirma

que Inglaterra obtuvo, bajo la influencia del papa, la Carta Magna, salvaguardia de su libertad (1). Nos faltan palabras para calificar esta alteración de la historia. Un historiador que escribe una historia universal debe haber leído las pruebas que se hallan impresas por todas partes; si habla de la Carta Magna y de la parte que en ella tuvo el Pontificado, debe haber leído la bula de Inocencio III. ¿Confirma esta bula la Carta Magna? El papa hubiera podido dar su confirmación, puesto que acababa de ser reconocido como soberano de Inglaterra por el más miserable de los reyes, por aquel mismo Juan-Sin-Tierra, contra quien se habían sublevado los barones anglo-normandos. Abramos la bula, y oigamos al papa: es uno de los grandes pontífices que han ocupado la silla de San Pedro; merece que pesemos sus palabras.

Inocencio III presenta la empresa de los barones que se habían sublevado contra Juan-Sin-Tierra como *obra del diablo*; califica de *vil* y de *vergonzosa* la transacción que habían impuesto á su rey bajo el nombre de Carta Magna. Además el papa pronuncia su sentencia: «Colocados por encima de las naciones y de los reinos, á fin de arrancar y de destruir, de plantar y de edificar, no queremos sufrir por más tiempo una maldad tan audaz, que redunde en desprecio de la sede apostólica, con detrimento de los derechos del rey y para oprobio de la nación inglesa. En consecuencia, en nombre de Dios Todopoderoso, por la autoridad de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y por la nuestra, reprobamos completamente y condenamos esta Carta, prohibimos bajo pena de anatema que el rey la observe, ó que los barones exijan su ejecución; declaramos nula, y casamos la Carta y todas las obligaciones contraídas para confirmarla; queremos que en ningún tiempo pueda tener fuerza alguna» (2).

¡Admiremos la solicitud del papa por la libertad! Y hay quien se atreve á escribir, hay quien se atreve á proclamar desde lo alto de la tribuna, que Inglaterra, que Europa, que el mundo deben su libertad á la Iglesia. Y el papa califica de *vil* y de *vergonzosa* á la primera carta que ha consagrado la libertad, y califica la noble

(1) CANTÚ, *Historia Universal*, t. XI, p. 173.(2) RUYER, *Act.*, t. I, pars. 1, p. 135.

empresa de los barones de *maldad audaz*. Inocencio sale á la defensa de los *derechos del rey* cuando se trataba de los derechos del pueblo, y se nos dice que los papas son los defensores de los derechos del pueblo. El papa comprende tan mal los derechos del hombre, á pesar de su infalibilidad, que cree que la Carta Magna sería el *oprobio de la nacion*. ¡Decididamente, la infalibilidad estaba ciega! ¿Qué es lo que constituye la grandeza de la nacion inglesa más que la libertad inaugurada por la Carta Magna? ¡Y aquella gloriosa libertad es un *oprobio* á los ojos de Inocencio! El *la casa, la anula, no quiere que jamas tenga fuerza alguna*. ¡Se atreve á pronunciar aquella culpable sentencia que sostiene la tiranía del más despreciable de los reyes en nombre de Dios Todopoderoso! Notemos ademas, respecto á la moralidad del acto, que el papa se decidió en Inglaterra, no contra los sublevados, sino contra los barones que sostenian las antiguas franquicias de la nacion, al paso que en Italia se coaligaron los papas con los lombardos que se habian realmente insurreccionado contra su soberano legítimo. ¿Por qué esta conducta tan diferente, tan contradictoria? Tan poco amaban los papas la libertad en Italia como en Inglaterra; eran muy consecuentes. En Italia se apoyaban en las ciudades italianas para combatir al Emperador, es decir, para disputarle la soberanía del mundo. En Inglaterra, Inocencio se pronunció contra los barones, porque los barones habian reprobado el acto vergonzoso por el cual Juan-Sin-Tierra se habia declarado vasallo del soberano pontífice: el papa, al anular la Carta Magna, defendia su autoridad, su poder. Hé aquí la *libertad* que ama la Iglesia, su poder soberano sobre los reyes y los pueblos. Es menester estar ciego para no verlo.

V.

En Alemania los papas mismos se han vanagloriado de ser los campeones de la *libertad germánica*. Inocencio III, el papa que ha casado y ha anulado la Carta-Magna, lo dice: ¿En qué consiste la *libertad germánica*, y por qué el Pontificado se ha hecho su defensor? La *libertad germánica*, segun Inocencio, consiste en que la corona imperial no llegue á ser hereditaria en una familia. A los

papas se debe realmente la constitucion electiva del imperio de Alemania. Los escritores ultramontanos toman en serio el lenguaje de Inocencio, y descubren no sé cuántas ventajas en el principio de eleccion (1). Han olvidado una, y es que, gracias á aquella forma de gobierno, la Alemania estuvo condenada á una irremediable debilidad. Los grandes del Imperio llegaron á ser príncipes soberanos: de aquí aquella lepra de pequeñas soberanías feudales que puso el Imperio primeramente á merced del Pontificado, que más tarde destruyó toda idea de patria comun y debilitó á una gran nacion hasta el punto de que llegó á ser el juguete de sus poderosos vecinos. Hé aquí la *libertad germánica* que los alemanes deben á los papas. ¡Muéstrenles su reconocimiento!

¡Cosa curiosa! En la Edad Media los partidarios del pontificado confesaban sencillamente que su objeto era hacer del imperio una dignidad débil por la eleccion y dependiente de la santa sede por la coronacion; en dos palabras, una monarquía sin poder real. La Alemania repartida entre un gran número de príncipes, todos incapaces de luchar con Roma, tal era el ideal del partido teocrático. En este sentido, el Pontificado queria tambien en Italia la libertad, porque tambien allí se opuso á la unidad, y lo consiguió. Considérense los resultados de aquella pretendida libertad, y se sabrá qué debe á los papas la libertad. En Alemania los príncipes fueron libres, es decir, independientes del poder imperial; pero ¿fueron tambien libres los alemanes? El miserable régimen bajo que vivieron durante siglos los degradó de tal manera que aún hoy no llegan á constituir la unidad que les es tan querida, ni á fundar la libertad. En Italia hubo ciudades libres; pero tambien para ellas la libertad consistia en la soberanía; no reinó en ellas jamas la verdadera libertad; las repúblicas dejaron paso á la tiranía, y la Italia, lo mismo que la Alemania, llegó á ser presa de los extranjeros.

VI.

Llegamos al *liberalismo* de la Iglesia. Es la ilusion más extraña,

(1) HURTEE, *Inocencio III*, t. I, p. 146 de la traduccion.— Véase mi *Estudio sobre el Pontificado y el Imperio*, t. VI de esta edicion castellana.

más inexplicable, más falsa. Apenas se la comprende en un hombre de imaginación como Chateaubriand, ó en un lógico como Lamennais que no se ha preocupado jamás por los hechos. Pero cuando un escritor que hace de la libertad el estudio de su vida llega á afirmar que «la Iglesia fué por mucho tiempo liberada», no comprendemos semejante exceso de ceguedad. «Dejando á un lado la herejía, dice M. Laboulaye, la Iglesia no se asustó de la libertad» (1). *¡Dejando á un lado la herejía!* En efecto, es una bagatela la herejía. Verdad es que se quemaba á los herejes en toda la cristiandad; verdad es que el pontificado los persiguió como á fieras, y si hubiera triunfado, los herejes hubiesen sido exterminados hasta el último, como los lobos en Inglaterra. Pero ¿qué importaban aquellos sectarios? Esto no impedía á la universidad de París gozar de una gran libertad, dice el publicista francés á quien sentimos deber combatir. Si se discutían los problemas más temerarios en las universidades; pero á condición de darles una solución ortodoxa. Desgraciados los filósofos que se apartaban en cualquier punto del dogma de hierro que Roma imponía á las inteligencias! Esperábase la hoguera, porque eran herejes. Había además otros herejes. En Roma se quemó con gran aparato al ilustre Arnaldo de Brescia, á quien el cardenal Baronio llama el patriarca de los herejes políticos. ¿Luego había una herejía que se refería á la política? ¿Y cuál era el crimen de aquellos sectarios? Reivindicaban la independencia del Estado contra las usurpaciones del Pontificado; pedían la libertad de los pueblos contra la tiranía de la Iglesia.

Llegamos á esta conclusión, que la herejía, que, según se dice, forma una *excepción* en el pretendido liberalismo de la Iglesia, comprendía toda manifestación del pensamiento, hostil á la dominación del clero. La herejía religiosa misma no era perseguida con tanto encarnizamiento por la Iglesia más que porque amenazaba á su poder. ¿Quiere decirnos cómo aquella guerra á muerte contra el pensamiento es compatible con el liberalismo que se atribuye al Pontificado? ¿No es el liberalismo en esencia el libre pensamien-

(1) LABOULAYE, *El Estado y sus límites*, p. 21.

to? Pues ¿qué libertad quedaba al pensamiento bajo la dominación de la Iglesia! El que atacaba al dogma era hereje, y quemado! El que atacaba á la Iglesia era hereje, y quemado! El que reivindicaba la soberanía del Estado para los reyes ó para los pueblos era hereje, y quemado! El que filosofaba sobre materias referentes al dogma, si no admitía la solución de la Iglesia, era hereje, y quemado! Hé aquí el liberalismo de la Iglesia en acción. Con este liberalismo, hasta la noción de la libertad hubiera desaparecido del lenguaje de los hombres, porque la palabra libertad no hubiera tenido ya sentido alguno (1).

Si el liberalismo de los papas no fuese más que un error histórico, no lo hubiéramos combatido con tanta energía. Pero todo error que ensalza la Iglesia es un atentado contra la libertad. En nombre del liberalismo del Pontificado se pide hoy la *libertad de la Iglesia*, sin pensar en que la *libertad de la Iglesia* es la *servidumbre del pensamiento* y la *esclavitud de los pueblos*. ¡Imprudentes abogados de la libertad, abrid los ojos, estudiad la historia, y no os dejéis engañar por vanas palabras! Entonces os convenceréis de que la libertad en los labios de la Iglesia no ha significado nunca más que dominación. Esta dominación es mil veces más temible que la omnipotencia del Estado antiguo que tanto teméis. El Estado antiguo no ha impedido el magnífico desarrollo de la filosofía, que los siglos no se cansan de admirar, al paso que la Iglesia condena todo pensamiento que no está conforme con su dogma. ¿Y que quereis que quede de la libertad civil y política en una doctrina que subyuga á toda criatura humana ante un hombre, ante el vicario de Dios? Tal es la dominación que la Iglesia trata hoy de volver á ejercer; si invoca la libertad, es para matarla. Hé aquí por qué restablecemos la verdad en lugar de una historia fabulosa.

(1) Véanse mis *Estudios sobre el Pontificado y el Imperio*, t. VI, y sobre la *Reforma*, t. VIII de esta edición castellana.